

El águila y el cuervo

Se destaca el águila por su gran valor y su destreza para sortear cualquier obstáculo, más es tanto vanidosa, que un día hizo su nido en la montaña más alta y dijo: “de todas las aves que han creado yo soy la que más poder tiene, todos me respetan y me temen”. En eso un cuervo que a su paso escuchó a la parlanchina dijo: “No todo lo que luce hermoso es una joya, hay piedras que, sin ser bellas, bien talladas tienen más valor que tú, e inspiran respeto y tú sin saber has vivido todo el tiempo en ella”.

“Ve: todo a tu alrededor luce pequeño, mas no es tu poder lo que lo domina sino el de la montaña”. Enojada, el águila le respondió al cuervo: “Es la envidia la que te hace hablar así, porque tú no tienes ni el plumaje que yo tengo ni el valor que represento”.

—Es verdad —respondió el cuervo—, a mí no me temen y no soy del todo estético, soy feo, pero reconozco que la belleza es el traje de la vanidad y un día te darás cuenta.

Un día, una gran tormenta azotó los mares; era tan fuerte que las montañas se quejaban cuando el viento se aferraba a sus faldas y laderas, ahí en lo alto de la montaña, la gran águila se cobijaba en su nido, temblando de miedo.

El cuervo, a cierta distancia en un árbol, tendía sus alas y decía: “Avisaré a todas las aves para que nos abriguemos en el nicho de aquella cueva, ya que es tan baja que no creo que la tormenta haga estragos en ella”. Así, el cuervo avisó a todas las aves y éstas obedecieron llevando cada cual a sus críos a la cueva. El cuervo se aseguró de que todo estuviera bien y que sus compañeros se sintieran seguros. De nuevo salió a ver qué era lo que tanto acontecía y de cuándo la tormenta acabaría. Así, volando a cortos intervalos, ya que las ráfagas de viento casi no lo dejaban avanzar, escuchó el tronar de una piedra desprenderse, trató de encontrar de dónde provenía el ruido y miró a sus alrededores, pero no logró ver nada; entonces miró hacia arriba y se dijo: “Esta tormenta va para rato, ya que en vez que modere cada vez es más fuerte”; eso estaba pensando cuando de pronto se dio cuenta que las montañas se venían desbarrancando de peñasco en peñasco.

El águila aterrorizada respondió: “No puedo, mis plumas están mojadas y no puedo extenderlas”.

“Sal, haz el intento, si no, no sobrevivirás, sólo sigue mis consejos: desprende todas las plumas que rodean tu cuello y parte de tu cuerpo, ya que se te hará más liviano y así puedas echar vuelo”. No le quedó más remedio al águila que seguir las instrucciones, si es que quería sobrevivir; saliendo del nido extendió sus alas y echó a volar detrás del cuervo que le decía: “Sígueme, que tengo dispuesto un lugar seguro para resguardarnos”. No había avanzado mucho cuando se escuchó un ruido que hizo temblar parte de la tierra sin más, como si la montaña estuviera esperando que el águila la desalojara, se vino abajo.

i

ⁱ Fuente: Jiménez, F., Hernández, G., Alba, M. (2007). Saber leer la sabiduría del mundo en 40 lecturas (1ª ed.). [Antología], México. Recuperado de: http://www.cursosinea.conevyt.org.mx/descargables/mevyt_pdfs/saber_leer/02_sl_antologia.pdf